Cosquillas

30 céntimos



ESPIONAJE, por *Demetrio* y *Picó*.

—Dime Jumba: ¿Sigue mirándome el caballero rubio?

—Señola, yo cleo que sí; pelo se ha metido en un sitio osculo y desde aquí no veo más que el bulto.

La bellísima actriz Rosse D'Auvviñón, en la formidable película "El Espectro".

No tengo categoría suficiente para comentar la belleza de esta mujer; por tanto, me retiro al más oscuro rincón de mi casa,

INCÓRDIEZ.





COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Administración:

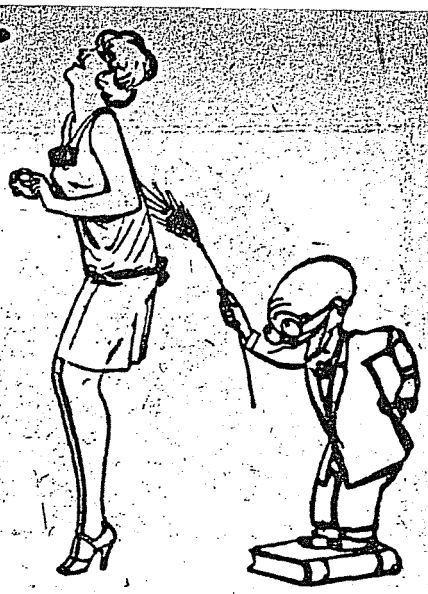
EDITORIAL 1927

Oficinas: Campomanes, 12

APARTADO 8.032

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ



Año II — Madrid, 20 de Agosto de 1927 — Núm. 47



Cuando la mujer de tu amigo, estando a solas, te pide que la cuentes tus aventuras más escabrosas, mira a un lado y a otro, y, cuando estés seguro de que estáis solos, pórtate como un zulú sinvergüenza.

* * *

No emplees las palabras soeces, ni grites desaforadamente para molestar a un señor que te ha ofendido.

Corfórmate con decirle solemne: "Caballero, está usted liso". ¡Que ya va listo!

* * *

Desconfía de esa al parecer inquina que tu querida siente por ese amigo tuyo guapo él. Y te digo que desconfíes, porque a lo peor te está diciendo a ti que no le puede soportar, y, a las dos horas le está dando vía libre en un reservado.

* * *

Respeta a la mujer de tu prójimo según la edad que tengas.

A los sesenta años debes mantenerte en la más rigurosa seriedad, aunque ella se insinúe.

A los cuarenta años, debes mantenerte inflexible con tu propio deseo hasta la tercera vez que te encuentres sólo con ella.

Y a los veinte años debes arañarte despiadadamente si en la primera ocasión propicia, no la amoratas.

* * *

No llegues al desnudo absoluto con la mujer que desees, si eres artista y ella está bien formada.

Para ciertos regodeos unas medias gris claro, unos zapatos de raso negro, unas ligas de violetas y una combinación crema claro, son la llave *para llegar al arrobamiento en el deliquio, y un poco de congosto. ¡Creedme a mi!*

* * *

¡No intentes fatigar en justa amorosa a una mujer rubia de esas de débil apariencia. No lo intentes porque palmas!

Yo conozco una rubia que no llamo angelical porque sería un sacrilegio, a la que hay que visitar dejando la camilla en el portal por si las moscas.

* * *

A tu sastre has de tratarle cortésmente en lo que le tengas delante; pero cuando tengas ocasión de conseguir la impunidad, golpeale los riñones con una columna del tranvía. Si te equivocas y le das en la cabeza ¡qué le vas a hacer! tú no quisiste más que machacarle los riñones.

* * *

Si cuando estés tomando el baño notas una sensación tan placentera que te transportas a las regiones del deleite, no trates de evitar el agradable suceso, y llora despues por tu hijo naufragado.

* * *

Si quieres probar el temperamento de una mujer con la que no tienes confianza, convidala a salchichón. Pero compra un buen pedazo entero.

Si la mujer es de esas hembras de meningitis, cuando partas el salchichón en rajitas, contraerá su rostro el dolor cada vez que le metas el cuchillo al trozo.



—¡Calla, calla!... ¡Tienes todas las ideas de un hombre!



Uzcudun descalificado

Me estoy dejando las uñas de luto en señal de duelo por la derrota de Paulino en Nueva York. Yo, a Dios gracias, no soy lo que se dice un púgil; pero me divierto mucho cuando se reparten mamporros. Estuve una temporada bastante larga acudiendo a Maxim's, a Villa Rosa y a los Burgaleses, para ver como la gozaban los flamencos y los niños "pera" arreándose con los cascos—con los de las botellas—, entre oreja y oreja, a la hora del "descuajaringuen", que suele ser la hora de abonar la cuentecita; pero dejé de ir porque nunca se llegaba a las lesiones que los facultativos de las Casas de Socorro distinguen con las inquietantes iniciales "P. R.": ("Puede Resucitar"). Desde entonces refugié mi admiración en ese formidable Paulino, antiguo leñador, que sigue repartiendo leña, por el Extranjero con un éxito dementiano.

Que Delaney le haya puesto "fuera de concurso"; mejor dicho, que el árbitro que presidió el encuentro le haya descalificado de buenas a primeras, me cierra el horizonte deportivo al punto de que estoy por volverme de espaldas a todo lo que signifique atletismo para entidarme a una ciega admiración por Cagancho.

Lo que más rabia me da de la descalificación de Uzcudun es el motivo pretextado. Dicen que propinaba a su contrario "golpes bajos" sin ninguna consideración.

Tengo entendido que se llama "golpe bajo" a la agresión a ciertas regiones vitales del cuerpo humano. Y estoy seguro de que Paulino no es capaz de semejante atrevimiento.

¡No hay más que mirarle la cara!

A mayores, como dicen por tierras de Castilla, está probado que Delaney llevaba esa región cubierta con una armadura de aluminio. Esto lo he leído en las informaciones del encuentro. Las abolladuras que se notaban en la suprádicha coraza cuando Delaney descendía de la palestra se tomaron como indicio fehaciente de las acometidas de Paulino. Pero, yo me pregunto..., estos bollos en el aluminio, ¿eran de fuera acentro o de dentro afuera?... ¿qué perito armero los ha examinado?... ¿tienen las dimensiones del puño de Paulino o son golpecitos redondos del tamaño, aproximado, de dos pesetas?...

Formulo estas preguntas para que la justicia resplandezca. Parece ser que Delaney estaba muy enardecido. Presenciaban el "match" miles de personas de ambos sexos—miles de un sexo y miles del otro sexo—. Es innegable que los expectadores ejercen influencia sobre los combatientes.

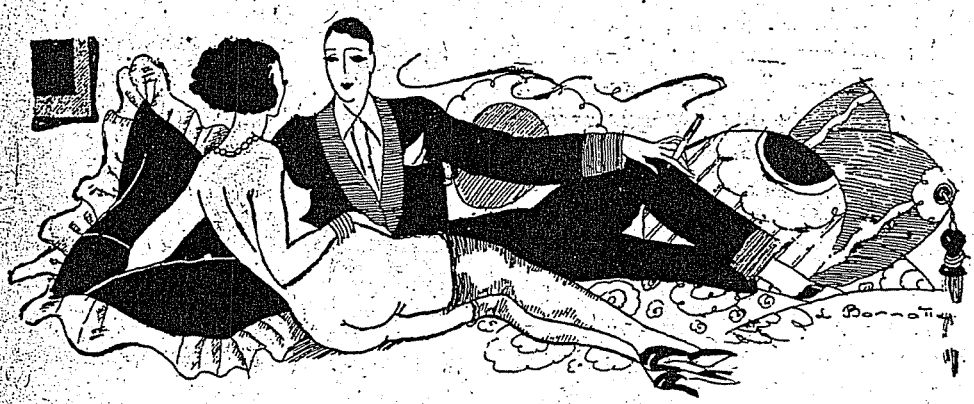
A lo mejor lo que el árbitro no supo interpretar fué la causa del ardimiento de Delaney. Por el buen nombre del pugilismo nacional pido que se remita a un jurado de expertos la coraza que ha servido de prueba para la descalificación del bravo Uzcudun.

Ni en el "ring", ni en el lugar más apartado, Paulino Uzcudun es capaz de la bajeza de semejantes "golpes bajos". ¡Caramba!

LEOPOLDO BEJARANO.



Llevo dos horas haciendo que pesco camarones, cuando lo que estoy pescando es un besugo con muchos miles, que no me quita ojo. Dib. de *Picó*.



Ella.—*¿Entonces resulta que tú no eres peligroso para las mujeres?*

El.—*Para sus intereses nada más.*



EN TERMINOS TAURINOS, por Demetrio.

—¡Vamos, señorita! Hagamos los baúles y marchemos de esta playa...
—¡Pero, mujer, si todavía hay cuatro hombres guapos que se me han quedado vivos!
—No sea ansiosa la señorita, porque no se puede quejar de la temporada!



Cosas de Belorcio

Por una vez, déjenme ustedes que me ponga serio.

Estoy a dos dedos de una condena de presidio mayor por... por una barbaridad de razones.

Y si me condenan, será una injusticia. Para probarlo, cogería yo al presidente de la Sala que me condenase y le pondría en mi lugar, a ver qué pasaba.

Porque yo soy casto de mío, pero ¡maldito sea el recaudador de cédulas de mi distrito!, es que esto no hay quien lo aguante.

Me explicaré.

Huyendo de Madrid, de sus cabarets, de su "Cuesta", de sus "tanguistas" y de ocho o diez complicaciones que me había buscado como un idiota, me vine—me trajo el tren—a este pueblecito de la Sierra en el que la pureza del aire—que me creía yo eso—sería pareja de la de las costumbres.

Pero ¡que si te place el arroz, Catalina mía! No contaba yo con la colonia veraniega.

¡Qué dicha!, soñaba yo, muellemente aplastado sobre el muelle asiento de segunda del vagón perteneciente al "mensajerías" que me trajo, ¡todo un mes sin ver ninguna cabeza a lo "manolo", ni oír un timo de niña platino o de pollo ostra...

Y apenas puse el pie en el andén, lo primero que oí fué:

—Estás "jamón", Rudesindo.

¡Su padre!

¿Una niña pera?... ¡Una cateta cerril que se dirigía a un grullo de boina grasienta y calzón de pana...

Poco más allá, otra indígena berreaba:

¡Soy la garçón con, con
con el pelo cortao!

Pero no es a esto a lo que quería referirme.

Volvamos a la causas de mi futura condena.

Yo venía huyendo del vicio y de la inmoralidad, buscando la doble pureza del ambiente y de las costumbres.

Y el primer día que salí al pinar, volví a tres pies.

Porque sonríanse ustedes de las madamitas que vemos por las rúas cortesanas, parangonadas con las "coloniales" que nos disfrutamos por acá. Con las falditas por aquí, los escotes como para carcajearse del aforismo que dice que "a escote no hay nada caro", unas redecillas que las dan un aspecto de chisperas, como para fusilarlas en la Moncloa y una fogosidad en los clisos que chamuscan la indumentaria.

Y no para ahí la cosa. ¡Qué ha de parar ahí! La cosa llega a límites insospechados, porque estas hijas de mi vida unen a lo atractivo de su aspecto, unas artimañas para hacerse admirar, que dan espanto. ¡Pero qué tretas tienen estas niñas!... Una que iba ayer delante de mí, no hacía más que agacharse para recoger un peinecillo que se le caía reiteradísimamente... Y yo que salí de casa con intención, con la honesta y nobilísima si que geórgica intención de dar un vistazo a las colinas guadarrámicas, me tuve que atracar de paisaje por hígados. ¡Y qué paisaje... ¡Bueno; si en vez de ir aquella criatura con su padre y dos hermanos, va con su madre y dos hermanas, tengo un éxito que ya le quisiera el maestro Alonso.

Una vez en el pinar la situación se agrava. Donde no se ve un idilio, se ven dos. En un barranquito me encontré dos novios que, afortunadamente estaban en actitud pacífica. Estaban merendando y sólo se notaba que eran novios en que se intercambiaban los alimentos. Mientras él la ofrendaba una sardina, ella le daba el filete y viceversa.

Al regreso, ya casi de noche, todo el camino estaba festoneado de sospechosos bultos, como de dolientes personas a juzgar por los frecuentes ayes y suspiros acongojantes que me hicieron apretar el paso y llegar a mi casa en un vuelo y en un estado...

Como que llegar y tirarme a la tinaja todo fué uno.

Y lo horrible va a ser el día que me vuelvan a poner en igual estado y no tenga a mano la tinaja, o me pille de visita en casa de la estanquera, que, tiene quince años...

Doce años de presidio no me los quita nadie.

¡Y todo por una estupidez!...

BELORCIO.

TODA LA CORRESPONDENCIA
AL APARTADO 8.032



Ellas.—*Vente con nosotras.*

El.—*¡Pero si casi no me puedo levantar!*

Ellas.—*¿Quieres que te echemos una manita?*

El.—*¡No! Porque precisamente por echarme una manita mi prima estoy así.*

Dib. de *Moliné*.



La otra noche, cuando estaba buscando por la buharda de mi casa unos calcetines limpios, hallé, envuelto en una camiseta a rayas, que pertenecía a mi difunto abuelo, un cuadernito de hule, en donde, allá en mi juventud granulada y loca, yo escribía mi *diario* casi todas las semanas.

Entre otras cosas pintorescas, como mis impresiones al pasar la gripe y la estación de Sigüenza, he encontrado el siguiente episodio de mi vida íntima, que es interesante como el trabajo de los gusanos de seda.

Léanlo y Dios se lo pagará.

EMPIEZA EL DIARIO

6 de junio.

Hoy, como todas las noches que no tengo dinero para salir de casa, me he asomado a mi balcón.

Mi balcón está muy bien situado. Mirando para abajo se ve la calle. Si se mira para arriba se ve el cielo; si se mira para la izquierda se ve una jaula, con una cosa dentro que se mueve, y si se mira para la derecha, se pierde el tiempo, porque ocultando todo ese lado, hay una maceta, bastante fea, que sólo sirve para eso.

He encendido un cigarrillo de Logroño con un gesto elegante y con una cerilla de diez céntimos la caja, y luego me he liado un rato a pensar en lo valiente que era Napoleón Bonaparte.

Así he estado tres cuartos de hora.

Luego, he silbado toda la partitura de "La verbena de la Paloma" y después he regado la maceta, y me he dicho: "Si un servidor tuviera dos mil beatas para dilapidarlas alegremente entre tanguistas agraciadas, iba a pensar en Bonaparte, iba a silbar "La verbena" e iba a regar los tiestos, una tía carnal de Soleá, la Mejorana.

Y luego, me he acostado maldiciendo el Banco Urquijo.

9 de junio.

Hoy, tampoco tenía dinero y no he salido.

Me he asomado al balcón y, como sé mucha historia, he pensado otro rato en lo heroicos que fueron Daoiz y Velarde.

La noche es de primavera.

Una vecina aprende en su piano un pasodoble torero.

Y digo que es un pasodoble torero, porque yo tengo mucha fantasía.

En realidad, no se sabe lo que es. Lo único que se sabe, es que a la virtuosa no le da una pulmonía ni un ligero coliquillo.

En un balcón de la casa de enfrente hay dos jovencitas.

Por lo que he oído, una de ellas es la hija de la dueña de la casa, y otra, una amiguita que vive con ellas.

Las dos son de un feo que espantan a los grillos de la vecindad.

Las miro un rato, compadecido.

¡Pobrecillas! ¡Me dan pena!

La noche es completamente primaveral.

Si yo fuera poeta, me dedicaría a hacer un canto a la primavera y otro a las modistillas madrileñas.

Pero, afortunadamente para ustedes y para los lectores de Vicálvaro, no soy poeta.

Me he acostado temprano.

A mí me molesta la primavera.

12 de junio.

Sigo sin un real.

Hoy le he dado un sablazo a un amigo; pero como si llevase cota de malla.

También me he asomado al balcón.

La pianista desconocida ha dejado el pasodoble torero y ahora aprende una mazurca.

Sigue sin darle ningún cólico.

Las horrorosas amiguitas de enfrente, siguen asomándose al balcón con frecuencia y con unas batas muy chillonas.

Esta noche he pensado en Doña Juana de Arco y me he acostado luego.

Mañana voy a pensar un poco en las hermanas Pinillos, para ver si me entretengo más.

15 de junio.

Hoy...

¡Dios mío! ¡Dios mío!

Dame valor para contarlo.

¡Qué alegría! ¡Qué alegría!

Eran las doce.

Sí. Las doce.

El reloj de la iglesia cercana las había dado primero.

A los cinco minutos las dió otro, de un comedor.

Al cuarto de hora, uno, de cuco.

A los treinta y cinco minutos uno de pulsera.

Y a la hora justa el de mi gabinete.

Así es, que me hice un lío. Y si les soy a ustedes franco, no sé si esto pasó a las doce o a las tres y diez.

Pero pasó. Sí, pasó.

Algunas nubes ocultaban el firmamento.

La noche era oscura como la despensa de un piso bajo.

La calle estaba adoquinada.

En la calle estaba el sereno y un bar.



Ella.—*Si fueran falsificadas las perlas, sería una canallada lo que va usted a hacer conmigo.*

El sereno leía "El Heraldo".

"El Heraldo" estaba en manos del sereno.

Las manos del sereno tenían callos.

Los callos, están buenos con jamón.

De pronto, en el balcón donde las muchachitas horrorosas suelen conversar, se hizo la luz.

Y apareció una alcoba iluminada. Sí.

Y en la alcoba una cama.

¡Oh, cada vez que lo pienso!

¡Dios mío! ¡Dios mío!

Las dos amiguitas abrieron el balcón de par en par.

Y luego empezaron a desnudarse.

Primero fué el vestido. Luego la combinación; más tarde el sostén. Después la camisa.

Sí. Se quitaron la camisa, y, ya en cueros, empezaron a mirarse una a la otra y a gastarse bromas.

Las vi el cuerpo y lo tenían como un soldado de caballería.

Pero esto a mí no me importaba.

Yo estaba dando botes de emoción.

¡Oh, qué momentos aquéllos!

Luego se sentaron en la cama, y se quitaron una media. Luego, la otra. Después un zapato, después el otro.

Y cada vez que se quitaban una media yo veía muchas cosas.

¡Oh, lo que yo sentí que aquellas malas bestias no tuviesen cuatro patas cada una!

Y en seguida se acostaron y no se echaron ninguna ropa encima.

Y se dieron unas palmaditas en los brazos.

Y apagaron la luz.

¡Sí! ¡Yo vi todo eso!

Y pensé: "Si no llegan a apagar la luz veo una cosa que estoy deseando ver desde que tenía doce años y una camisa de sport bastante bonita".

Y añadí: "Otra noche no apagarán la luz y lo veré. Esto yo no me lo pierdo".

16 de junio.

Me he asomado al balcón a las nueve y cuarto y he estado hasta la una. No he visto a las chicas.

Pero yo no pierdo las esperanzas.

He empeñado el abrigo y me he comprado unos gemelos.

¡Me voy a hinchar!

17 de junio.

A las nueve en punto estaba en mi balcón. Me he retirado a las tres.

Las amiguitas se han acostado pero antes han entornado el balcón y yo no he visto nada.

Sigo teniendo esperanzas de verlas algún día.

Hoy dormiré una buena siesta y estaré levantado hasta más tarde, por si se les ocurre abrir a media noche.

¡Mira que si yo viese eso!

Del 18 de junio al 30 de julio.

Sigo asomándome al balcón.

Aun no he conseguido ver nada. No salgo ninguna noche. Estoy bastante delgado.

Sin embargo, sigo. El deseo es más fuerte que yo, y no cejo.

He ahorrado dinero y me he comprado un telescopio.

Del 30 de julio al 29 de agosto.

Un pariente de América ha muerto y me ha dejado 5.000 pesetas. Ahora tengo ocasión de divertirme.

No obstante me quedo en casa.

Me paso la noche en el balcón.

Hago que me lleven allí la cena y un bocadillo a la madrugada.

Algunas veces pienso que me sentaría bien darme un paseito.

Pero ¿y si salgo, y da la casualidad que esa noche pasa lo que yo quiero y me quedo sin ver ese espectáculo?

Sería como para tirarme un tiro.

Del 29 de agosto al 31 de enero.

Hace bastante frío y llueve.

Menos mal que he instalado un toldo en mi balcón y estoy abrigado con mantas.

Como me aburro, para distraerme he empezado a fabricar babuchas.

20 de mayo.

He vuelto a ver desnudarse a las chicas pero no sucede lo que yo quiero ver.

Me he quedado en los huesos.

3 de junio.

¡Anoche las vi!

¡Sí, las vi!

Se desnudaron y se miraron, y se rieron y se acostaron. Y no apagaron y se metieron entre las colchas y allí las chicas juguetearon.

(¡Caramba, como estoy hoy de rima!)

Entonces yo me encaramé a la barandilla con el telescopio en la mano.

Pero me faltó equilibrio y me caí a la calle.

Hice mucho ruido al darme con las baldosas en toda la cabeza y grité.

Las niñas, se asomaron al balcón.

Y entonces ¡oh, ironías del destino! las que me vieron hecho una tortilla, fueron ellas.

Desde entonces odio la vida.

¡Y tengo razón, hombre!

* * *

Aquí termina esta aventura de mi diario.

Luego siguen mis impresiones de la convalecencia y explico, cómo después del tremendo golpe que me di en la cabeza me quedé idiota para toda la vida.

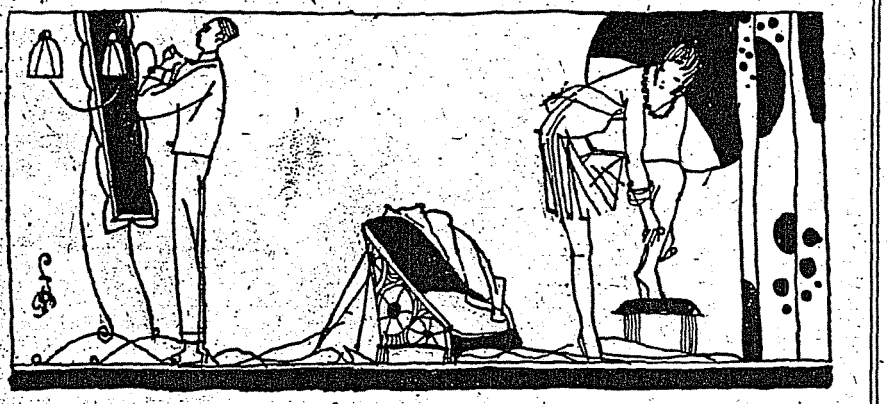
Pero esto no lo cuento, porque ya lo habrán ustedes notado desde que la casualidad feliz me hizo colaborar en este bien formado semanario.

MIGUEL SANTOS.



El africano.—*¿Me he equivocado señorita?*

Ella.—*Según el dinero que esté dispuesto a gastar.*



Ella.—*¿Y no me vas a llevar a una playa?*

El.—*Mientras podamos tirar aquí...*

Ella.—*¡Pues acabas de ver que no puedes!*



Antón, la Petra y D. Alfonso

—Lo que más te recomiendo, Petra, es que tengas mucho cuidiao con el señorito. Ya sabes la fama, bien ganáa por cierto, de que éste goza. Hasta las escobas, si tuvieran faldas, le enamorarían. No puede ver una mujer sin que se le encalabrine el sentío. Y, si siempre te respetó, estoy seguro de que fué por la sombra que pueda ya darte, no porque a él le faltaran ganas de refocilarse contigo. ¡Menudo mozo está nuestro don Alfonso!... ¡Y menuda moza estás tú hecha! Como pa tentar a un santo mesmamente. Los cabellos tuyos paecen jirón de noche, tus ojos dos brasas, tu boca una rosa que se aplastó contra tu cara y se desparramó bajo tu nariz y tus mejillas, miel de aurora en panes donde se equivocan las abejas. Pues lo que está oculto ¿pa qué te lo voy a elogiar? Ver tus hombros y tus pechos y tus muslos desnudos, es lo mesmo que sentir la cabeza cuajá de vino rancio y desvaía y mareá de gusto. Por eso, Petrucha, mucho cuidiao con el señorito. Guárdate de él cuanto puedas, mientras yo me voy a ver si vendo las yuntas esas que me encomendó vender. Sírvelo y obedécelo en todo, puesto que el haber nacío probes nos obliga a la obediencia; pero mira que te defiendas de sus lagoterías, de sus zalemas y de sus ataques.

—Paece mentira, Antón, que te muelas la cabeza con esas cavilaciones. Ya sé yo lo que es don Alfonso y te juro que, si a mí me viene con pamplinas, de la primer trompaa gafas y bisoñé le han de volar hasta las estrellas. Allá use de sus mañas en la ciudad. Aquí, en el campo, al menos en lo que a mí toca, toos sus artilugios han de ser en vano. Le serviré, ya que esa es mi obligación; le dejaré hablar, puesto que con la lengua poco daño ha de causarme; pero que no pase d'ahí, porque, en pasando, no responderé de mí. A la primer osadía de sus manos replicarán las mías con tal ímpetu que, ante mí, se quedará como atacao de parálisis. No sabes tú, Antón, la mujercilla que tienes.

—Sí lo sé, Petra. Ahora que, naide es malo hasta que no se le ocurre dejar de ser bueno. Y bien pudiá ser que la tentación diera al traste con tu fortaleza. Torres más altas cayeron.

—Yo, Antón, no soy torre altanera. Pongamos que no soy más que una humilde espadaña: pero esta espadaña, sin más campanica que la de tu cariño, no caerá.

—Mejor entonces pa los dos. ¡Adiós, Petra! Acuérdate siempre de que esa campanica, que tú dices, no ha de sonar más que con mi badajo.

—¡Adiós, Antón! Tu badajo, nada más que tu badajo, la hará tañer a gloria. Vuelve en cuanto puedas. Aun no te fuiste y ya deseo que llegue la hora de tu regreso. ¡Adiós, maridico mío!...

—¡Adiós! Te he de mercar algo que te gustará mucho...

Alejóse Antón por la culebra blanca del caminejo. A la puerta del quinto, nítido de cal, la Petra se le quedó despidiéndole, riente la boca, erguido el busto, alta en el aire la mano regordeta y morena, como una cogujada que aleteara suavemente en el espacio. Así permaneció hasta que una voz, la de don Alfonso, la llamó dentro:

—¡Petra!... ¡Petra!...

* * *

Pasaron varios días. Antón regresó inopinadamente, una mañana, al clarear. Y hallose con Petra, madrugadora, que amasaba en un dornajo el alimento para el cerdo. La mañana, en su cuna, llenaba el campo con su sonrisa virginal. Sonaban mejor y más finos los gorjeos de los pajarillos. Y la luz se desperezaba lentamente tras de unos hoscos montes, negros sobre el cielo rosado. Petra sorprendióse, Antón le mató la sorpresa en los labios reventándoselos a fuerza de ósculos prietos.

—¡Ay, Antón!

—¡Ay, Petrilla mía!

Y ambos se miraron largamente en los ojos. Tras de unos momentos de silencio, Antón rompió a hablar.

—El señorito, bueno, ¿verdad?—dijo. Estará tan calvo como cuando me marché y tan cegarra, ¿no es eso?

—Igual, Antón, igual. Y todavía un poquitín más calvo que cuando te fuiste. El otro día se encontró un pelo en el peine... ¡Ya ves!... ¡Un pelo!... Pues creí que se desmayaba del susto... No tuve más remedio que tomarle el pelo y consolarlo con la esperanza de que ya le saldría otro en su lugar. En cuanto a su ceguera, el pobre está que no ve gota. Sobre todo, por las mañanas. Está en el lecho, me llama pa que le lleve el desayuno y, al dárselo, alarga hacia mí las manos como los ciegos, porque no me distingue.

—¡Caramba, Petra, caramba! A ver si lo hace con otra intención, porque ¡tan ciego!...

—Es que le gusta tener a esas horas cerrás las maderas del balcón y, además, aún no se ha puesto las gafas, ¿comprendes, hombre?



—Y entonces él me dijo que hasta que yo no fuera la madre de sus hijos no iba a parar...

—Lo diría con i.

Dib. de *Picó*.

—Comprendo. ¡Claro! ¿Pa qué las quiere estando a oscuras?... ¿Y se zampa el desayuno sin abrir el balcón y sin encender luz?

—Luego, muy luego, abre. Hace tres mil viajes con los ojos y, de seguida, me pide las antiparras.

—Y, contigo, ¿qué?

—Conmigo, na.

—¿Respetándote?

—Como a la Virgen.

—Miá tú, Petra, que a la Virgen la respeta mu poco. Es un tío judío, don Alfonso.

—Pues como a su madre.

—Miá que a su madre la mató a disgustos...

—Pues, entonces, no sé... El caso es que a mí me ha respetao mucho. Pa que luego digan las malas lenguas... A lo mejor, too lo que cuentan de don Alfonso, son embustes.

—No too es embustería, Petra. Acuérdate de lo de la Adela, de lo de la Aurora, de lo de la Concha.

—Es que hay mujeres que, cuando los hombres no les dicen na, lo toman a mal y se les meten por los ojos. "Aquí nos tenéis, les dicen, aquí nos tenéis." Y en cuanto están a su lao, enarcan el pecho, se destapan la garganta, contonean el nalgatorio, bizquean los ojos y hasta se pasean la lengua por los labios como los gatos cuando ven cerca un pajarillo de Dios. Y, claro está, los hombres, ¿qué han de hacer? Atraparlas y a gozar, que la vida es un soplo...

—Tú, Petra, no eres de esas. ¡Buen tino tuve pa escogerte entre las demás! ¡Miá que si cargo yo con la Adela, la Aurora o la Concha!...

—No está el mal en cargárselas, hombre, sino en cargárselas pa toa la vida. Así, pa un rato, peor es arar o segar que juguetear con ellas.

—Como, al fin y al cabo, lo hizo don Alfonso...

Hubo unos momentos de silencio, al cabo de los cuales, Antón insistió:

—Quedamos en que te respetó..., ¿eh?

—¡Claro que quedamos! ¡En absoluto!...

—De manera que ni palabras, ni mirás, ni ná..., ¿eh?

—Ná, hombre, ná... Don Alfonso, conmigo, ¡un santo! ¡Y eso que le gusto, vaya si le gusto!...

—¿Lo notaste?

—Como lo notan toas las mujeres, hijo. Por eso tié más mérito su respeto. Don Alfonso, al menos conmigo, ha sío un caballero. Y lo diré mu alto donde haga falta decirlo. Tú, Antón, sin embargo, paece que lo dudas un poco.

—Mi duda, Petra, es miedo, miedo a que me quiten la felicidá... ¡Si llegara eso!...

—¿Qué harías?

—Mu sencillo... Matar, matar hasta que se me durmiese el brazo...

Sonó el aquel punto una voz dentro de la casa:

—¡Petra!... ¡Petra!...

La voz de don Alfonso.

—Me llama pa que le lleve el desayuno—dijo la mujer—. Y, luego, alzando la voz, añadió: ¡Voy en seguía!...

Antón, entonces, la contuvo y la propuso sigiloso:

—Tú no le vas a llevar el desayuno; se lo voy a llevar yo. Está oscuro en su cuarto, ¿no es eso? Pues así resultará mejor la broma. Entro quedito, no me conoce y yo le largo la bandeja con los picatostes y el chocolate y, además, con los billetes de la venta de las mulas. Cuando los vea, me echaré yo a reir y le diré: "Ahí tié usté, nostramo, su dinero. Mil riales más valieron las yuntas." Y se llevará un alegrón...

La Petra no halló muy de su gusto la broma, pero hubo de someterse a la decisión de su marido, que era terco como las mulas que acababa de vender...

* * *

Antón, todo el rostro una gran sonrisa, traspuso el umbral de la alcoba de su amo. En cuanto lo hubo traspuesto, la Petra, yendo de un lado para otro, comenzó a musitar:

—¡Ah, qué desgracia!... ¡Ay, qué dolor!... Ahora lo habrá sentido don Alfonso, lo habrá llamado con su dulzura de toos los días: "¡Petra! ¡Petrilla mía!", le habrá hecho sentarse encima de la cama, se le echará acaso encima... ¡Ay, qué tragedia!...

A los pocos momentos, Petra, con un gran lío de ropa a la espalda, desapareció camino adelante... Casi corría, casi volaba... Y todavía le quedaban fuerzas para murmurar:

—¡Pobre Antón!... ¡Como le respete lo mismo que a mí!...

José A. Luengo.

Jamón en dulce y jamón crudo

Tiene una hija que es un encanto,
pero la madre vale otro tanto.
¡Y qué contenta va la señora
viendo a los "pollos" hora tras hora,
seguir el ritmo de sus pisadas
clavando en ellas dulces miradas!
—¡Bella es la niña—dicen a coro—;
vale una vida, vale un tesoro!
Pero la madre... La madre, amigos,
digna es de verse..., mas sin testigos.
Brazos de nieve, los de la nena.
Los de la madre, roja cadena.
Luce la hija curvas ligeras;
las de la madre, ¡de carreteras!...
¡Ojos azules, muy amorosos!...
¡Surcos profundos y misteriosos!...
Cabellos rubios a lo *garçon*.
Negros cabellos... ¡Jamón! ¡¡Jamón!!

.....

Y qué contenta va la señora,
oyendo a todos, hora tras hora:
¡Tiene una hija que es un encanto,
pero la madre vale otro tanto!

Pablo Torremocha

Editorial 1927
Apartado 8.032



Ella.—*¡Huy! ¡Aquél pájaro nos ha estado viendo!*
Ella.—*¡Que me pareec que es una cotorra!*
Ella.—*¡Que me parece que es una cotorra!*



Charlas de Incórdiez

Conversación con una jamona

Una hermosa señora, jamona de las turbadoras por su elegante desenvoltura me ha hecho unas confidencias tan sabrosas, que no puedo por menos de hacérselas conocer a los lectores de COSQUILLAS, mis señores. La estupenda otoñal, me ha dicho entre suspiros unas veces, y otras entre elegantes interjecciones, que está hasta la raya, de las niñas de ahora, que son más valientes y más *templadas* que la mujer más picardeada que se haya aficionado al roce *con los de enfrente*. "¡Gachó con las nenas!" Ha dicho sofocada por la indignación y cruzando un muslo sobre el otro con lo que me pone de manifiesto el borde final de sus medias de *Tolosa duplicado*. "¡Gachó con usted y como está de muslos!" hemos gruñido revolviéndonos en la butaca. "¿Verdad que estoy apetecible amigo Incórdiez? ¿Verdad que estoy en ese momento en que las mujeres aunque un poco abundantes de carne somos el alcaloide del *pimermint?* ¿Verdad...? No me haga usted más preguntas de ese jaez porque estoy sujetándome para no contestarla con demostraciones—la hemos interrumpido—. Así es suculenta amiga que no me pregunte cómo la encuentro y abróchese, o empiezo a darle empujones y a llamarla de tú ¡pero ya!

Ella ha reído estruendosa y alegremente haciendo saltar procaces sus senos que *se nos* figuran de dulce y que habrá hecho falta una arroba de azúcar para confeccionarlos. ¡Una arroba para cada molde!

Cuando se ha calmado su contento por mi versallesca galantería, y ha secado sus hermosos miradores humedecidos por las alegres lágrimas; y cuando se ha subido aun más la escasa y plisada faldita que más que falda es una cenefa alrededor de las caderas, ha empezado: Si amigo Incórdiez; quiero que lo diga usted en COSQUILLAS; estoy más que cabreada, vaqueada, de que las nenas en *agraz* nos pisen la raya a las mujeres *cañón*. ¡Es que nos quitan los hombres en nuestra misma cara! Si viera usted las faenas que nos hacen las niñas fruteras. Tengo dos sobrinitas de doce y catorce años, que todavía el pasado se conformaban con alegrarme los amigos para que me tomaran bien la muleta y entraran como es debido. Y yo estaba encantada con las nenas que son dos postales animadas y que me ponían a los amigos en tan buena disposición, que yo hasta me permitía el lujo de entretenerlos y sujetarlos poniéndoles peros, cosa que les enardecía más. Ocurría lo lógico; la fruta en agraz que pone los dientes largos, los cuales se clavan en la fruta madura, y no creo que tenga usted que objetar nada de esta imagen, amigo Incórdiez.

—Nada absolutamente, pero tápese.

—¡Ay, hijo; voy a la moda!

—Si ya se que el exponer las ingles a un catarro es la moda; pero yo voy a poner de moda el que los caballeros se pongan a tono con las señoras, porque así conviene a mis intereses.

—¿Y por qué?

—Pues porque he montado una fábrica de jergones.

—¡Usted siempre con indirectas! Pues



¡YA SABEMOS LO QUE QUIERE!, por Picó.

—Señorita, soy yo... Sí, traigo el refresco. ¿Cómo? Sí, señorita; viene dentro del vaso.

verá usted amigo Incórdiez: Yo estaba encantada y como yo, todas las mujeres que habíamos llegado a la edad de revolcarse por la vida, después de haber sido durante algunos años pimpollo deseable pero inaccesible, en fin; todas las mujeres que han llegado a la edad de ponerse las botas, ¡pero sí, sí!... Mis sobrinas y como mis sobrinas multitud de nenas del mismo corte, se han rebelado al grito de: "¡Ya no queremos servir de cimbel!" y me han fastidiado. Porque ya no se conforman con el ligero escarceo con el que empujaban a los caballeros a buscar en las mujeres hechas *la meta* de sus deseos; sino que ya las empujan a ellas a la meta en beneficio propio.

Antes una nena de estas se sentaba sobre las rodillas de un caballero para decirle que a ella le gustaban mucho los bombones de licor; ahora le preguntan que cuanto lleva el doctor Chacón por un parto defícil.

* * *

Esto es lo que me dijo mi amiga la guapísima jamona, lo que pongo en conocimiento de los lectores por si se quieren aprovechar de su estado de ánimo. (¡Por cierto que tiene *un estado de ánimo*, que es una cruza).

Vuestro hasta la basca.

INCÓRDIEZ.

FOTOGRAFIAS
GALANTES : RARAS
Hermosas coleccones
10 Pesetas en sellos de Correos
Escribid a Excelsior, Poste Restante Central.
BORDEAUX (FRANCIA)



—¡Chica, pero si es un cheque de tres mil pesetas!... ¿Y por qué te lo ha dado?

—Pues, hija, en realidad no lo sé. ¡Fueron tantas cosas, que no sé cuál de ellas pudo enajenarle de esa manera!

Dib. de *Picó*.

¡Vaya un apuro!

Soneto que hará "cosquillas" a más de cuatro chiquillas.

Hay cosas en el mundo que pueden compararse
con otras más hermosas, delicadas y bellas;
tus ojos, por ejemplo, parecen dos estrellas
en un cielo sin nubes, que empezara a incendiarse

Tus senos diminutos, por lo blancos y tersos,
semejan dos enanas rosas de Alejandría;
y tu sonrisa un libro de picarescos versos,
que escribieran las musas una noche de orgía.

Tus brazos, son dos cisnes de nevada blancura;
un ánfora romana, tu elegante cintura,
y tu boca sangrienta se asemeja a una guinda.

Pero aquello. ¡Dios mío! que tienes tan guardado,
y tantísimas veces, cruel, me lo has negado,
¿con qué te lo comparo?; ¿con qué, mi Felisinda?

La ramera ha muerto

¡Pobrecita Mimí! Hasta en tus delirios
y ya ves: los que lloran son los cirios
tuviste para el hombre una lisonja;
que encendieron las manos de una monja.

Los hombres te dejaron cuando, enferma,
la fuente de oro se secó en sus caños,
como deja el pastor la tierra yerma,
donde pastar no pueden sus rebaños.

En torno a este ataúd, mísero y tosco,
como serpiente del Dolor me enrosco
y con delicia beso tu boquita.

¡Pobrecita princesa abandonada!
Yo he de poner en tu última morada
la flor más delicada y exquisita!

LUGEA.



—¿Qué tal has pasado la noche?
—¡Muy mal!
—¿Has estado enferma?
—¡He estado sola!

Dib. de *Picó*.

El carnet de Ramiro "el Monje"

Hay personas enamoradas hasta el vértigo de las costumbres metódicas; una de las manifestaciones relativas a esta enajenación es el uso del acreditado carnet de bolsillo, conjunto de varias hojas de papel con puntas matadas y debidamente trepadas por uno de sus extremos, que, encerradas en unas tapas de cartón, sirve, la mayor parte de las veces, de estorbo en los bolsillos, ya que para algunas personas su uso es tan necesario como el aprender la bandurria por cifra o realizar denodadas excursiones nasales por medio de digitales medios.

Para el hombre metódico, es algo íntimo para su vida y como Ramiro Arlés era un método de carne y hueso, más de lo segundo que de lo primero, no podía prescindir del susodicho carnet. En la oficina le considerábamos de muy sanas y poco amenas costumbres, algo así como un anacoreta con *trinchera* y *chanchullo*; jamás un asunto de faldas ni la menor sombra de liviandad había empañado su límpido prestigio de hombre ecuánime.

Solamente pequeños pecadillos, tales como haber leído una vez a Retana y haber asistido por compromiso inexcusable una noche a un cabaret, donde el bueno de Ramiro, cogió una *perra* dormilona, podían apuntarse como veniales en su Debe, faltas estas que justificaban aún su temperamento de hermana de la Caridad.

Un día Ramirito llegó radiante a la oficina, su locuacidad era algo tan extraordinario como si a todas las niñas de Madrid se les olvidase la Canastera o si los pollos *peras* dejasen de hacer el canguro al anochecido por la calle de Alcalá; Ramiro nos asombraba con sus risas fuera de tono, sus *pirandelianos* parlamentos y sus chistecitos, los pobres de calendario, viejecillos y tal, pero que al caso resultaban de una novedad *muñozsequesca*.

Fueron vanas las preguntas, inútiles los ruegos, Ramiro "el Monje" apelativo con que le distinguíamos por sus moralísimas costumbres, se mostraba inaccesible a nuestra curiosidad.

Estábamos decepcionados y hasta molestos con él; Ramiro se había convertido en una tanguista loca; pasaban los días y continuaba la juerguecilla de nuestro compañero, su alegría era insultante, hería nuestro amor propio de hombres, picarescos; así como así no podíamos permitir que aquel individuo de ordinario tan serio y poco expresivo se convirtiera en un charlatán de plazuela.

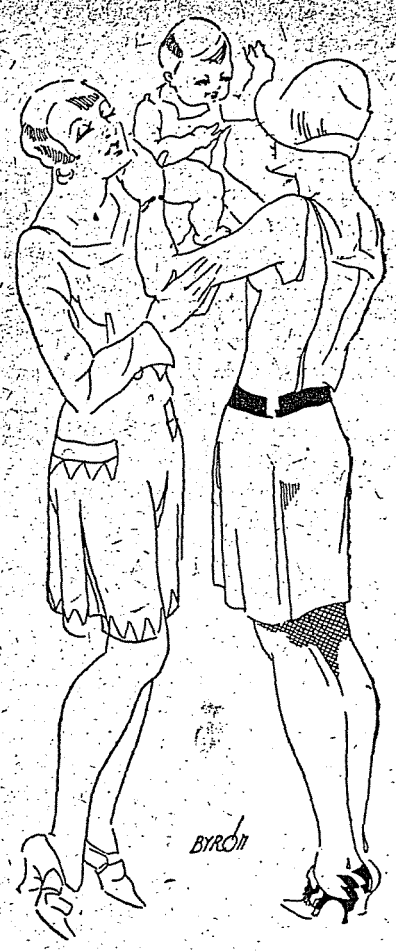
Pero a medida que iban pasando los días, la jovialidad de Ramiro menguaba; su color pasaba del arrebolado adolescente que antes coloraba su faz, al rosa pálido y de este lentamente al "*amarillentus-cadavéricus*" (acreditado colorante de la tintorería de doña *Parca*).

Con estas camaleónicas turbaciones, nuestra curiosidad crecía por momentos; aquello era algo que en nuestro amor propio estaba el descifrarlo; debíamos ineludiblemente enterarnos del gran secreto y ¿dónde? ¿cómo? Tras vacilaciones, conciliábulos, conspiraciones, cábalas y otras lindezas, hallamos la incógnita ¡el carnet de Ramiro!; en su busca debíamos ir, en ningún sitio mejor que en sus páginas podía hallarse la satisfacción a nuestra curiosidad.

Pero, ¿cómo apoderarse de él? Las almas del Vivillo, José María, Raffles (no Ramiro Ruiz ¡eh!), de los reputados siete adolescentes de Ecija, el Vizco del Borge, el Buitre de la Sierra, el Lobo del Mar, la Pantera de Java, la Mona de Lisa y de otros aplaudidos facinerosos, reencarnaban en nosotros; fueron innumerables las tentativas de hurto, pero el más lucido de los fracasos culminaba nuestros intentos.

Hasta que un día *rara avis!* inconsciente, Ramiro, dejó sobre la mesa su celebérrimo carnet; apremiado por una urgente evacuación hubo de salir rápido del cuarto de trabajo.

Como fieras caímos sobre el carnet; hubo un revuelo, que casi degeneró en pugilato, por quién debía ser el afortunado mortal que leyese primero aquellas emocionantes notas; por fin se decidió y ¡oh, placer! fuí el elegido para tan magna obra y he



La amiga.—*¡Cómo se parece a él!*
La madre del nene.—*¡Pero tú sabes...!*

Dib. de *Byrón*.



Ella.—*Bueno... Si su amor es puro...*
El.—*¡Puro! ¡Y de los más grandes!*

aquí a la letra lo que rezaba el repetido carnet:

DÍA 14

"Hoy hé conocido a Maruja. Es una linda mecanógrafa de la Whystree and Raken Company. La dije un piropo, el primero de mi vida... y es que hay fuerzas ocultas que empujan al humano... Ella me miró largamente y aquella mirada me hizo locuaz... Fué nuestra conversación amena. En Sol la compré unos nardos y luego subimos al tranvía para ir a su casa. Es muy simpática Maruja y ¡ay! creo que me enamora; me agrada por su ingenuidad...

GASTOS DE HOY

Café	0,80 pts.
Tabaco	1,00 pts.
Cerillas	0,15 pts.
Nardos para Maruja	1,00 pts.
Tranvía	0,45 pts.
	3,40

DÍA 15

Café	0,80 pts.
Tabaco	1,00 pts.
Cerillas	0,15 pts.
Bombones para Maruja...	2,50 pts.
Tranvía	0,45 pts.
	4,90

DÍA 16

Café	0,80 pts.
Tabaco	1,00 pts.
Cerillas	0,15 pts.
Dos butacas para el cine...	2,50 pts.
Táxi	4,00 pts.
	8,45

DÍA 17

Café	0,80 pts.
Tabaco	1,00 pts.
Cerillas	0,15 pts.
Bombones para Maruja...	2,50 pts.
Dos butacas para el cine...	2,50 pts.
Táxi	4,00 pts.
	11,45

DÍA 18

Tabaco	0,50 pts.
Cerillas	0,10 pts.
Juego de crespón interior para Marujilla	25,00 pts.
Un palco para el cine	10,00 pts.
Táxi	4,00 pts.
	39,60



EQUÍVOCO, por Picó.

—Como no hagas que tu novio me compre bombones, le diré a mamá que te besa en lo obscuro.

—¡Niño; como llegues a detallar, te voy a dar un bofetón!

DÍA 19

Tabaco	0,50 pts.
Cerillas	0,10 pts.
Consumición en un reservado de "La Trianera" donde fuimos Marujilla y yo para probarle el juego de crespón	27,50 pts.
Unas medias para Marujilla	15,00 pts.
Táxi	5,00 pts.
	48,10

Iba a comenzar el día 20 cuando mis compañeros me interrumpieron.

—¡Mira, mira! sáltate unos días y busca el 28 que fué cuando faltó a la oficina Ramiro...

De buena gana accedí y he aquí lo que concisamente decía el carnet:

DÍA 28

Tabaco	1,00 pts.
Cerillas	0,15 pts.
Clínica	10,00 pts.
Algodón, gasa y varios...	27,40 pts.
	38,55

Por el pasillo sonaban los pasos de Ramiro que volvía. Corrimos todos a nuestras mesas dejando el carnet sobre el "bureau" del compañero que con paso irregular y gesto de molestia en el rostro entraba en aquel momento en la oficina.

MIGUEL ANGEL DE PEREDA.

Historia de Rosa Lida, con detalles de su vida.

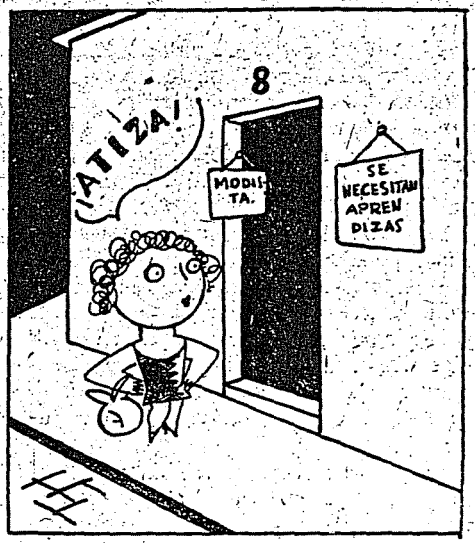
por Mihura (Continuación.)



Pero la dejó el lechero
al verla con un trapero.



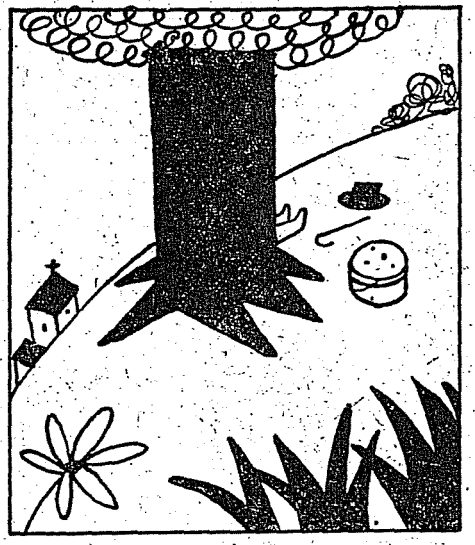
Y la chica, ya en el fango,
se puso a cantar un tango.



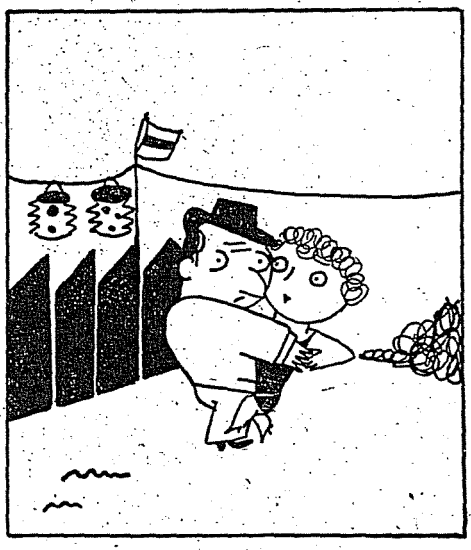
Vió un anuncio; dijo: ¡atiza!
y se metió de aprendiza.



Y se echó un novio estudiante
que era un perfecto mangante.



Con este novio tan fino
se ocultaba tras un pino.



Y bailaba en la Bombilla
levantando una rodilla.



También entraba en los "cines"
y ¡sabe Dios con qué fines!



Pues siempre se quejaba
y él también se lamentaba.



Junto al agua, únicamente,
estaban divinamente.

(Continuará.)

NOTICIAS DE TODAS PARTES

Tongo-Tabu.—En el palacio Imperial de esta isla, acaba de celebrarse un suntuoso baile de trajes para conmemorar la venida del príncipe Hipo y su esposa que, como es sabido, han llegado de dar la vuelta al continente en piragua.

El salón de actos estuvo concurridísimo, notándose en él la presencia de la más rancia aristocracia de la isla.

Se han destacado por su originalidad y buen gusto, las vestimentas del príncipe Hipo, de la princesa Pipa y del primer ministro Rano, así como el de u salvaje esposa mezganatica nee Barra-Gana.

La princesa Pipa lucía una magnífica gualdrapa perteneciente al caballo de un misionero inglés, que fué estofado primorosamente hace un mes. También lucía un magnífico cinto, confeccionado con plumas de pavo real. En la confección de este cinto se emplearon todas las plumas menos las de la cola, que se empleó en una diadema para el príncipe; por esta causa, mientras la princesa lucía el pavo, su esposo lucía la cola.

El primer ministro exhibía en torno a la fosa ilíaca, una magnífica red de pescar, que le daba un aspecto altamente agradable, al decir de algunos concurrentes; en cuanto a su esposa, se tocaba la hirsuta cabellera con un lazo rosa y se tocaba el resto con las manos para espantarse las moscas.

Una nutrida orquesta de jazz-band amenizó el acto, ejecutando lo más saliente de su repertorio. Como detalle curioso, citaremos el hecho de haber sido prohibido a las parejas, el baile *agarrao*. Parece ser que la prohibición obedecía al plausible anhelo de que no sufrieran deterioro alguno los trajes de los bailarines y, en particular, el del príncipe, pues siendo de la más fina calidad las plumas del pavo, podía estropeársele la cola con el roce.

Bruselas.—En el hotel "Pepino" se ha registrado ayer un sangriento suceso.

Una amartelada pareja, llegada ayer procedente de París y que fué inscrita en el rol del hotel como matrimonio recién casado, se suicidó durante la noche.

Esta mañana, cuando la camarera penetró en el cuarto para servirles el desayuno, percibió débiles quejidos en el lecho. Al principio no le concedió gran importancia, pero al observar ciertos manchas de sangre sobre la ropa, se acercó, descubriendo el hecho. Avisado el médico del establecimiento, se apresuró a reconocer a los heridos, que lo fueron por arma de fuego.

El tenía un balazo en la cabeza, con orificio de salida de la bala, que había ido a incrustarse en un angulo de la habitación. En cambio, ella, que sufre una herida idéntica de bala, también en la cabeza, la tenía dentro todavía.

Budapest.—Ayer, y a petición de una preciosa joven, hospedada en el Hotel-Hito, ha sido detenido un joven rubio, de cejas depiladas y porte afeminado, a quien se le acusa de ser el autor del robo de una preciosa pulsera propiedad de la demandante.

Conducido a la jefatura fué sometido a un riguroso registro, que no dió resultado alguno, pues por más que se le registró, no se le encontró nada.

Vinaroz. Ayer fué armado caballero del Toisón verde, el joven Acisclo del Ribete.

Con tal motivo, tuvimos el gusto de hablar con su bella esposa, la cual se encontraba hondamente emocionada, pues el caso era para ella una novedad y una sorpresa insospechada.

México.—A causa de la gran cogida, que hace un mes sufrió el valiente diestro, Agamenundo Risueño, le ha sido amputada la pierna derecha.

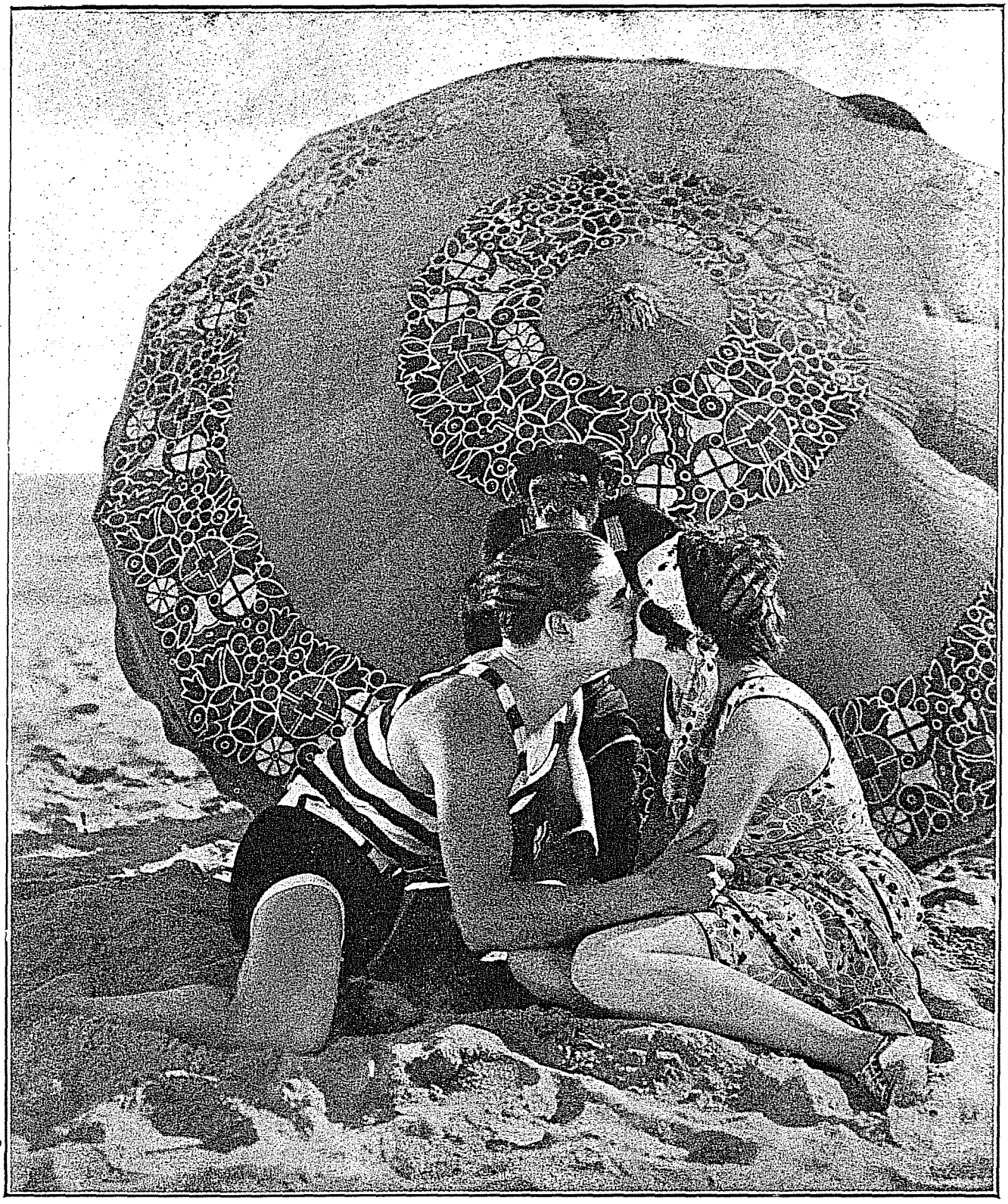
Agamenundo se lamenta de esta desgracia, que es la segunda que afecta a un miembro de su familia, pues a su hermano Porfirio, tuvieron que amputársela también el pasado año, a consecuencias de otra cogidá.

FIDEL PRADO.



MAL SINTOMA, por Moliné.

—*En toda la Prensa del mundo se elogia o se toma a broma nuestro descoco para vestir. Y es que los hombres ya no se ponen serios ante nuestro desnudo. ¡Tendremos que volver a taparnos del todo para que sientan deseos de desta-tarnos!*



Una escena de la graciosa película "Novias robadas", en la que toman parte principal los monos verdaderamente sabios.

Fot. de la *Fox-Film*.



María Corda, en "La casta Susana". soberbia (como todas) película de U. F. A.

Y es que la U. F. A. es una maravilla de organización y de arte del inmejorable, pero es también que *agarra* unas señoras para *filmar,* que se haga lo que se haga con ellas tiene que salir como los propios geranios. Vuestro atento y de Murcia, INCÓRDIEZ

Imprenta Zoila Ascasíbar y C.ª — Martín de los Heros, 65. Madrid.



Aurorita Peris, la saladísima tiple cómica tan justamente aplaudida.

Nosotros nos *figuramos* ¡Ay! que debe tener los brazos de plátano perfumado, las piernas de jamón en dulce y los piececitos de mazapán. ¡*Pa* comérsela sin apetito!.

Imp. Zoila Ascasibar y C.ª — Martín de los Heros, 65